

IV.

Hoy que poseemos los documentos relativos al último año del reinado del emperador Maximiliano, vamos á trazar su historia, y á acallar, con la verdad, los comentarios. La disciplina rechaza la sospecha de que el mariscal de Francia haya hecho ejecutar órdenes distintas de las que emanaban del soberano, justamente honrado, como lo fué, con la confianza del emperador hasta el término de la evacuacion, y cuyos actos, durante este último período, han dado lugar á mil apreciaciones diversas. Importa, pues, mucho á la dignidad de nuestro gobierno, demostrar en publicaciones mas serias que las palabras de Mr. Rouher, que con la esperanza de organizar violentamente un nuevo órden de cosas, y con el objeto de prevenir los profundos desórdenes que iban á suceder á nuestra evacuacion, no habia conspirado en derrocar á Maximiliano, despues de haber conspirado por elevarlo. Pero puesto que ha guardado silencio, vamos á decir la verdad. Este estudio histórico, tiene sobre todo por objeto, precisar y atribuir á cada uno de los actores de este drama sangriento que tiene por título, *Intervencion Francesa*, la parte de responsabilidad que les incumba. La que concierne, finalmente á Maximiliano, y que va á desprenderse de este nuevo exámen de los hechos cumplidos, espli-

cará ante el tribunal de la historia, los errores y las desgracias de este infortunado soberano. En efecto, en presencia de numerosos documentos de una autenticidad incontestable, no puede negarse que desde el principio del reinado imperial, dos puntos principales van á aparecer á través del velo que vamos á desgarrar, que irán aumentando en el horizonte mexicano hasta el desenlace fatal. Por una parte se revelarán la versatilidad, la indecision y la ceguedad de Maximiliano, animado, sin embargo, de los sentimientos mas generosos, que sellára voluntariamente con su régia sangre, despues de haber sido sorprendido por el brusco abandono de nuestro gobierno: por otra parte, resaltarán la ruda franqueza, la lealtad y la abnegacion con que el gefe militar francés prestó su cooperacion al segundo emperador de México.

Para comprender bien la marcha de los acontecimientos que han señalado el último periodo mexicano desde 1866 hasta 1867, interesa dar una rápida ojeada retrospectiva á la conducta política de los gabinetes francés y mexicano.

Desde el dia en que el gobierno francés invitó al archiduque Maximiliano á subir al trono que la famosa *junta* de los notables le habia levantado en México, bajo la ejiada de nuestra bandera, el emperador Napoleon III que se jactaba de haber alcanzado su primer objeto, *la regeneracion de México por la influencia de la raza latina*, desde ese momento juzgó que habia llegado la hora favorable para exigir las satisfacciones debidas á los intereses de nuestros nacionales. En efecto, el tratado de Miramar se concluyó hasta despues de la aceptacion del archiduque, que tuvo lugar el 10 de Abril de 1864. Ese tratado estaba destinado á la vez á arreglar el pasado y á investirnos de las garantías conquistadas por nuestras armas. Por esta convencion, la Francia se habia obligado á mantener en México tropas bajo determinadas condiciones. El nuevo soberano "se comprometia en cambio á pagar los gastos de la ocupacion en los plazos y

términos que allí se indicaron: se comprometia, además, á reembolsarnos los gastos de la expedicion, y á indemnizar á los franceses cuyas pérdidas la habian motivado."

Este programa oficial era, pues, bien claro, y no daba lugar á error alguno. Iba á reinar en México y á gobernar con el apoyo de la Francia, y en cambio de esta proteccion prometia satisfacer los compromisos que habia aceptado hácia nuestro país. Por su parte, el emperador Napoleon, por precio de los sacrificios militares pasados y futuros, obtenia el derecho de percibir el reembolso de las indemnizaciones estipuladas por el tratado de Miramar, y provocar en un plazo de tres meses el exámen formal de los créditos de nuestros nacionales, dando en todo una prueba de moderacion. Debia, pues, contar con el concurso del jóven príncipe, cuya ambicion, suscitada y favorecida por nuestras armas, habia soñado y encontrado una corona.

Apesar de la movilidad de su espíritu, Maximiliano poseia un carácter entero. Durante la regencia instituida en México, habia dado ya él mismo, desde su castillo de Miramar, la impulsión que creyó necesaria para preparar su advenimiento al trono.

Apenas habia aceptado de una manera provisoria (3 de Octubre de 1863) cuando tomó realmente posesion de ella, aunque á distancia: desde aquella época envió instrucciones precisas á Almonte, presidente de la regencia; mas tarde aún, despues del tratado de Miramar, nombró á este lugar-teniente del imperio, continuó dándole desde lejos sus órdenes, y es preciso reconocer, que desde el principio se revela, que sus intenciones, si no eran hostiles, sí eran poco cuidadas de los intereses franceses; porque en el intervalo de seis semanas que corrieron entre la aceptacion definitiva de Maximiliano y su desembarco en México, (29 de Mayo de 1864) el marqués de Montholon, ministro de Francia en México, que tenia la mision de urgir al regente para el ar-

reglo de los créditos franceses, se estrelló en esta respuesta evasiva de Almonte: "yo nada puedo hacer: es preciso que tome las órdenes de S. M. que está en Miramar, y que consulte al Sr. Gutierrez Estrada que está en Roma." Era extraño que el gabinete mexicano, que hacia mucho tiempo que tomaba sus inspiraciones en Europa, nada hubiese decidido, ni aun sobre los preliminares, en una cuestion urgente, concienzudamente debatida entre los dos soberanos, y que tenia suspensos muchos intereses!

Apenas el emperador hubo pisado el suelo de su nueva patria, cuando olvidando la gratitud (falta muy frecuentemente reprochada á los príncipes), hizo á un lado á la mayor parte de los personajes del partido llamado conservador ó clerical, que habian ayudado á la intervencion, y se apresuró á organizar un ministerio con elementos hostiles al nombre frances, llamándose partido nacional, persuadido de que se tendria como muy político repudiar desde su origen, á los ojos del pueblo, una comunidad de accion muy íntima con nuestro gobierno. Así es que el partido militante que habia sostenido la campaña, enarbolando el primero la bandera imperial, fué diezmado por eliminaciones casi brutales. El coronel de gendarmería, de la Peña, de Tulancingo, que habia prestado grandes y peligrosos servicios, fué desconocido, lo mismo que los gefes Galvez y Argüelles. Los principales generales fueron casi separados, desterrados á Europa ó desacreditados: hasta se trató del alejamiento del mismo Mejía, que permaneció siendo mas tarde el único amigo fiel en la desgracia. El ejército, las prefecturas y las guardias rurales, se reclutaron entre hombres péfidos, que en secreto preparaban la defeccion, y desde el principio de las operaciones neutralizaron los esfuerzos de nuestras tropas.

Sin embargo, el general en gefe Bazaine encerrándose estrictamente en su papel militar, no habia perdido el tiempo, y en nada habia disminuido las medidas favorables al

nuevo régimen, cuyo buen éxito había preparado hacia diez meses. Continuando la obra del mariscal Forey, quien desde la entrada á México de nuestros regimientos, había dispuesto la restauración de la maestranza y de la fundición de cañones de Chapultepec, Bazaine había dedicado toda su atención á armar la capital y sus alrededores: había dictado iguales medidas defensivas á las capitales de los Estados del interior, ocupadas por nuestras fuerzas y por tropas mexicanas. A su llegada á la primer ciudad de la República, el ejército francés había encontrado el servicio de la artillería enormemente desorganizado, el material de guerra destruido y fuera de servicio, los almacenes saqueados, la maestranza sin una herramienta, las máquinas en parte desmontadas y en parte entregadas á los particulares en pago de sus créditos contra el gobierno. Los instrumentos de la fundición habían desaparecido y la capsulería estaba incapaz de trabajar.

Cuatrocientos obreros franceses, en algunos meses, habían reorganizado todos los talleres del Molino del Rey, que se pusieron en actividad, y dieron municiones, armas y material á diversas plazas fuertes, y á las columnas móviles que operaban con el ejército. Durante el invierno de 1863 á 1864 cincuenta piezas de artillería se habían colocado en las fortificaciones de México. Quince mil fusiles, que se habían recogido de todo el territorio sometido, se habían distribuido á las tropas mexicanas, lo mismo que á los centros de las poblaciones que deseaban armarse para defender sus hogares de las bandas de partidarios. Las divisiones de Mejía y Márquez, cuyos cuadros se habían depurado y reforzado, habían emprendido la campaña con soldados bien pagados, uniformados de nuevo y regularmente equipados.

Uno de los primeros actos de Maximiliano fué encargar al general en jefe Bazaine, en quien tenía una plena confianza, que reorganizase el sistema militar, que era urgente

poner de acuerdo con las verdaderas necesidades y los presuntos recursos del imperio. Era esta una tarea difícil que exigía un espíritu de orden y de unidad sostenida, si se quería asegurar un éxito durable. Zeloso de corresponder con lealtad al encargo del emperador, el general, el mismo día le hizo conocer las disposiciones militares que iba á tomar para la pacificación del país; pero al mismo tiempo le habló un lenguaje franco y que no debía dejarle duda alguna sobre el verdadero papel de la acción francesa. Muchas ciudades habían suplicado á Maximiliano, por conducto de sus prefectos políticos ó de sus gefes superiores, les concediese el apoyo permanente de las guarniciones francesas. Era un deber precaver con anticipación al soberano contra semejantes tendencias, que si se alentaban, debían forzosamente aumentar la inercia de las poblaciones y el egoísmo local. Confiadas en la seguridad de que disfrutaran á la sombra de nuestra bandera, se habrían habituado á una tutela desastrosa, que hubiera dado por resultado infalible quitar á nuestro ejército diseminado por todos los puntos del territorio los medios de operar en masas compactas y á tiempo oportuno. El único sistema eficaz para levantar y sostener la moral de los habitantes consistía en hacer cruzar el país por columnas móviles que irradiando en todos sentidos apoyándose mutuamente, auxiliaran á los pueblos y á las haciendas, les ministrasen armas y aun les ayudasen á instalar sus medios de defensa. Tal era el plan que proponía el general en jefe en la siguiente carta:

México, 4 de Julio de 1864.

Señor:

“Tengo el honor de informar á V. M., que creo ha llegado el momento de hacer recorrer por columnas móviles el país montañoso, comprendido entre Tulancingo, Zacualtipán, los

Llanos de Apam, Perote y Jalapa, que al Norte se estiende hasta Huejutla, y al Este hasta Tampico.

“Este territorio, dividido en muchas sierras de un difícil acceso, está poblado de centros muy importantes. Numerosas gavillas infestan la sierra, saquean las poblaciones, estorban las comunicaciones y siembran la inquietud y el desórden en esa parte del país adonde mantienen la anarquía. Mi intencion seria hacer partir de México una columna ligera, francesa, de seiscientos hombres casi, de las tres armas, de Pachuca una segunda columna, menos fuerte, y en fin de Jalapa, y mas tarde de Perote, una tercera columna de tropas mixtas.

“Estas columnas móviles, atravesando la sierra en todos sentidos, desalojarian á los disidentes, darian á los pueblos tiempo para armarse y organizarse para la defensa, y levantarían su moral que tan fácilmente se abate.

“Pero no es posible constituir guarniciones francesas permanentes. Esta es la ocasion de esponer á V. M. la fatal tendencia que tienen todas las poblaciones de no creerse en seguridad sino al abrigo de nuestras bayonetas. Cada vez que nuestras tropas se han presentado en una localidad y han permanecido allí algun tiempo, ya por las necesidades de la guerra, ya para facilitar á sus habitantes los medios de organizar su defensa, he tenido que luchar con las representaciones incesantes de las autoridades locales que declaraban que la partida de las tropas seria la señal de represalias crueles de parte de los enemigos, que los habitantes no podrian resistir.

“Yo no puedo acceder á estos pedidos porque no es posible diseminar el ejército, quitándole así su principal fuerza, la cohesion, y sobre todo porque me ha parecido indispensable hacer que las poblaciones se habitúen á contar con sus propios medios y no adormecerse en una seguridad ficticia, debida á la presencia de nuestros soldados.

“V. M. ha recibido tambien numerosas súplicas con igual objeto. Los prefectos políticos, los mismos comandantes superiores han representado al emperador la necesidad de hacer tal ó cual operacion militar en el radio de su accion, no viendo así cada uno sino la porcion de territorio que tiene á la mano.

“Pero solo el general en jefe tiene los hilos de esta trama complicada, y puede juzgar no solo de la oportunidad del momento en que puede emprenderse una operacion sino tambien de la conveniencia que hay en combinar todos los movimientos para llegar á un resultado cierto sin comprometerlo para nada.

“He creido de mi deber prevenir á V. M. contra esas tendencias debidas á un sentimiento de zelo exagerado, y de egoismo local, y aun contra la timidez de las poblaciones que no dejan de enviar solicitudes y comisionados para obtener guarniciones.

“El ejemplo de Tulancingo, de Chapa de Mota y de algunas otras ciudades que se han armado por nuestros cuidados, que se han fortificado, y que se han organizado para la defensa, prueban que con buena voluntad y con energía las poblaciones deben bastar á la defensa de las ciudades de su territorio. Nada economizaré para desarrollar estos dos sentimientos y para inspirar confianza en sí mismos á los habitantes de los pueblos y de las haciendas. Les daré armas y les ayudaré á organizar su resistencia; pero no me será posible dejarles guarniciones.

“El papel de las columnas móviles es el de reemplazar estas guarniciones. Su efecto es mucho mas poderoso, la moral de la tropa no faltará estando siempre en razon directa de su efectivo, y jamás faltarán así la disciplina y el espíritu militar.”

BAZAINE.

El emperador aprobó la esposicion de este plan que era el fruto de la esperiencia adquirida, y al momento se enviaron columnas ligeras al país rebelde, que se estiende de Tulancingo, por la Huasteca, hasta las orillas del Pánuco, país montañoso é irregular, lleno de barrancas y precipicios abruptos y de picos escarpados, conocido con el nombre de la Sierra.

Entónces se pensó en reorganizar el ejército mexicano, compuesto en aquellos momentos de dos fuertes divisiones: la de Márquez que operaba en Michoacan, al Sur de México, y la del general Mejía, que se habia situado al Norte, en la ciudad de San Luis Potosí, que habia quitado audazmente al ejército liberal despues de un combate sangriento. Durante muchos meses, las comisiones permanentes continuaron la revision de los despachos militares. Esta medida era imperiosa si se atiende á lo numeroso de los estados mayores y de los cuadros de oficiales, tan ruinosos para el tesoro nacional. Esa revision levantó una tempestad y fué el germen de inevitables defecciones, porque muchos generales y coroneles se habian improvisado en sus grados y por autoridad propia, mandando gavillas reclutadas para robar en los caminos reales.

Entretanto la mitad del ejército francés se movia hácia el Norte. La órden habia emanado del cuartel general que deseaba con impaciencia afirmar la autoridad de Maximiliano, y emprender una campaña formal para arrojar hasta la frontera americana á Juarez y á su gobierno, que se habian instalado en la capital de Nuevo-Leon, á doscientas leguas casi de México. Aunque perseguido y vencido siempre, el presidente de la República mexicana permanecia firme y resuelto á no perder su carácter legal.

Por premio de sus servicios, ciertos gefes de nuestro ejército se vieron calumniados cerca del soberano, y los ministros, celosos de nuestra justa influencia, se hacian en las

altas regiones los intérpretes de las malas pasiones de muchos gefes políticos hostiles, que habian tenido cuidado de hacerse nombrar en las provincias para procurarse ventajas en el futuro. En el mes de Octubre de 1864 las delaciones se hicieron mas acres, y se dirigieron á la emperatriz Carlota, cuyo carácter ardiente era mas fácil de impresionar. Habiéndolo sabido el general en jefe, no vaciló en dirigirse á la misma emperatriz, y le denunció lealmente esas intrigas de los altos funcionarios, tanto por ser perjudiciales á los intereses de la corona, como á nuestra propia dignidad.

Hé aquí la nota:

México, 24 de Setiembre de 1864.

A S. M. la Emperatriz.

“Señora:

“El general en jefe repite á S. M. las quejas que ya otras veces ha tenido que espresar contra los informes exagerados, por no decir falsos, rendidos por los altos funcionarios de la administracion.

“Los comandantes militares no obran sino bajo la direccion del general en jefe. Las medidas escepcionales, las multas impuestas á las poblaciones y á los individuos, han sido aplicadas por órden del cuartel general y con un objeto que este no puede desaprobado.

“Esta agitacion, mantenida por un espíritu de partido, se ha sancionado por acontecimientos sensibles bajo todos aspectos, y cuya responsabilidad no puede atribuirse sino á los agentes cuya debilidad é incapacidad pueden señalarse sin ser muy severos.

“Los últimos hechos acaecidos en San Angel, en el centro de cuya ciudad los bandidos han ido á capturar armas y municiones encerradas en una casa abandonada, prueban su-